
EL FRACASO ELECTORAL DEL PCE

Ricardo Lovelace



4

El fracaso electoral del PCE es mucho más que un revés pasajero. Expresa la inviabilidad de un proyecto político sofocado por sus propias contradicciones, que se han ido poniendo de relieve, primero, con la crisis interna de la organización y, ahora, con un veredicto popular tan claro como decisivo a efectos de definir el próximo futuro de un partido al que le será muy difícil abandonar la marginalidad en la vida política española.

El resultado obtenido en las urnas por el Partido Comunista es tanto más significativo cuanto se produce en unas elecciones cuyo sentido general implica un avance extraordinario de la izquierda, representada por el PSOE, y un deseo mayoritario del pueblo español de consolidar la

democracia rompiendo definitivamente con la larga época dictatorial. Que dentro de estas elecciones generales el PCE pierda casi dos tercios de su electorado refleja nítidamente que el elector de izquierdas no considera a ese Partido ni como un grupo útil a la hora de transformar la rea-

lidad española en un sentido progresista, ni siquiera con alguna perspectiva para el futuro a más o menos largo plazo. Es también un juicio severo sobre el compor-

tamiento de un partido que, desde su legalización, ha derrochado el capital político que había acumulado en las décadas anteriores.

Antes de pasar a un examen más detenido de las causas del fracaso comunista —algunas de las cuales he tratado de analizar en estas mismas páginas en su número 8 del verano pasado— parece pertinente comentar, como reverso del mismo fenómeno en el que se inscribe ese fracaso, el triunfo espectacular del PSOE, entre otras cosas para salir al paso de una de las explicaciones oficialmente sostenida por la dirección del Partido Comunista en torno a su desastre electoral. El enunciado de que la pérdida de votos del PCE se ha debido al basculamiento del «voto útil» de la izquierda en favor del PSOE, orientación electoral que se presenta con la capacidad exculpatoria que los «datos objetivos» brindan a las visiones dogmáticas, puesto en pasiva quiere decir que el voto al PCE era «inútil», grave constatación para un partido con vocación de incidencia en la vida política del país, que requeriría una seria reflexión en vez del silencio hasta ahora propinado por los más caracterizados dirigentes comunistas.

La inutilidad del voto comunista no es el resultado de una extraña conjuración de variados ingredientes —como parece apuntar el dimitido secretario general— porque parece difícil aceptar que aquéllos pesaran más ahora, es decir, cuando el electorado se inclina mayoritariamente a la izquierda, que inmediatamente después de la legalización difícil del PCE en 1977. Por el contrario, el cambio de voto de más de la mitad de los electores comunistas de 1977 y 1979 es el producto de la experiencia de los años transcurridos desde esas primeras elecciones, y esa experiencia

La pérdida del voto comunista responde a la experiencia del electorado.

no ha podido ser más concluyente y más sabiamente administrada por el electorado de izquierdas.

El PCE se presentaba en 1977 como el

partido con mayor protagonismo y más abnegación en las luchas por las libertades de las décadas anteriores; con una vocación transformadora de sí mismo —dejando atrás su pasado estalinista— y de la sociedad en la que se desenvolvía a través de una multiplicidad de medios políticos, sociales y culturales; contaba con miles de cuadros destacados, con una importante presencia en las jóvenes generaciones políticas en formación, y en los campos universitario y cultural, sin olvidar su importante influencia en el mundo sindical. Era precisamente este conjunto amplio de engarces sociales los que dotaban al PCE no sólo de un vigoroso perfil en la realidad española, que hizo inevitable su legalización puesto que en otro caso la autenticidad democrática de las primeras elecciones hubiera quedado dañada, sino también constituían las bases a partir de las cuales nutrir su transformación.

Pero desde 1977 en el Partido Comunista han prevalecido cada vez más los rasgos que parecían iban a ser abandonados irreversiblemente con su legalización; lo viejo se ha impuesto sobre el segmento del PCE que fue capaz de garantizar su permanencia en la vida del país más allá de un mero testimonio durante la dictadura: se ha ido sofocando la posibilidad de cambio en el propio Partido, y con ello las viejas estructuras han destruido los elementos que algún día hicieron atractivo el PCE para muchos de sus militantes y para la mayoría de sus electores.

En este progresivo proceso de autodestrucción, que desde otro ángulo recuerda al vivido también en UCD, con la diferencia notable de que este partido nunca llegó a ser tal al margen de los instrumentos propios del Estado, el Partido Comunista ha ido centrifugando a buena parte de su

capital humano que, o bien ha quedado apartado de la política, o integra hoy en día otras formaciones de izquierda.

Cuando el electorado del 77 y 79 del PCE vota ahora socialista está inclinándose por una opción con muchos puntos de contacto con aquélla que fue defendida por el segmento más renovador y democrático del PCE. Y mientras, el Partido Comunista, que se había acercado a su propio cambio —ahora sabemos que sólo, en la óptica de sus dirigentes más poderosos, como vía para su subsistencia en condiciones difíciles de clandestinidad— ha acabado eligiendo el camino que le lleva a la autodestrucción.

No quisiera que la afirmación de que el PSOE es hoy toda la izquierda española, incorporando por ello elementos humanos y políticos que formaron parte en su día del PCE, produzcan suspicacias en los veteranos socialistas, o que alguien de la derecha se sirva para una potencial campaña en torno al «criptocomunismo» de la formación socialista: los sectores más conservadores de la sociedad española necesitan poco para descubrir comunistas en todas partes, formando esta habilidad parte de su tradición más tenazmente defendida. En todo caso, del último peligro enunciado no merece la pena ocuparse precisamente por ese abuso al que tan acostumbrado estamos los españoles, y tan vacunados como han demostrado las elecciones últimas, a pesar de las campañas lanzadas subliminalmente por ciertos sectores conservadores —las mismas que ahora parece querer aprovechar Santiago Carrillo en sus declaraciones a *El País* del pasado 14 de noviembre.

Pero sí interesa que ningún militante socialista malentendida que su triunfo en las elecciones trata de ser burlado con la atribución interesada del mismo, parcialmente, a otros componentes antaño en formaciones distintas al PSOE. Lejos de

mermar la importancia y el protagonismo del Partido Socialista en la opción de cambio votada por los españoles, la acrecienta: cuando un partido es capaz de trascenderse, de superar su propio círculo interno, de aglutinar en su seno todas sus tradiciones y las tradiciones del resto de la izquierda española democrática con alguna presencia en la vida española, precisamente está dando los pasos ineludibles para convertirse en partido gobernante, está demostrando con su práctica que le es posible adquirir una posición dirigente y que ese ofrecimiento de «pacto con la sociedad» que formulara su secretario general es más que una frase.

El camino seguido por el PCE, en contraposición al recorrido por el PSOE, le ha llevado hasta el punto de sólo repre-

**Las viejas estructuras
han destruido
los atractivos
que tenía
el PCE.**

sentar a aquellos minúsculos sectores de la sociedad española cuyo rasgo definitorio es, precisamente y en la generalidad de los casos, ser «comunistas de toda la vida», es decir, comunistas cuya tradición y nexo entronca directamente con la tradición eclesial de la Tercera Internacional y su defensa sin contrapartida de unos modelos tan fracasados como aborrecibles para cualquier ciudadano demócrata y medianamente informado del mundo presente, al menos en las sociedades industrializadas. Y desde esas bases no puede construirse hoy un partido útil en las sociedades occidentales de nuestros días; sólo es posible subsistir —y ese es el límite que matiza el proceso de autodestrucción del PCE— en un ghetto en el que el sectarismo devoto actúa como único instrumento de cohesión y mantenimiento.

La trayectoria seguida por el PCE en estos años ha demostrado un hecho que hasta hace poco no era evidente para muchos militantes renovadores del Partido Comunista, a saber: la imposibilidad de transformar un partido de esta clase. Recuerdo haber leído algún trabajo de uno de los precursores de la renovación inter-

na —y por eso también uno de los primeros en ser expulsado de las filas del PCE en su historia reciente— en el que Fernando Claudín se interrogaba sobre las posibilidades de transformación del Partido Comunista a raíz de la condena de la invasión de Checoslovaquia: en este texto Claudín saludaba desde fuera de las filas del PCE su postura frente a Moscú —lo que, dicho sea sin ningún ánimo adulator, honraba a un hombre maltratado por ese partido—, pero se mostraba ciertamente pesimista en cuanto a las posibilidades de ruptura con su pasado estalinista de los partidos comunistas en general.

Durante muchos años miles de militantes españoles nutrieron las filas del PCE creyendo que aquel pesimismo era exagerado, y que cuando el partido alcanzara su legalidad en una España democrática los lastres de su pesada tradición acabarían siendo vencidos. Pues bien, los acontecimientos posteriores a 1975 han demostrado que esa apuesta era un error, y las elecciones del 82 han ratificado al nivel más amplio del electorado el reconocimiento de un error que se expresa en el abandono del PCE por parte de miles de sus militantes de antaño.

Pero la equivocación de muchos es el fracaso de todo el PCE, a pesar de la teorización que sus dirigentes han elaborado para explicar la desintegración progresiva del partido. En el último lustro, como en otras épocas fue práctica común, se ha explicado cada abandono notable del PCE como la constatación de la falta de «pureza comunista» del excluido o autoexcluido. El PCE, desde ese punto de vista oficial, habría aglutinado en los años inmediatamente anteriores al fin de la dictadura a muchos demócratas y progresistas que no habrían encontrado acomodo me-

mejor (?) para luchar por las libertades, de tal suerte que una vez normalizado el panorama político español, aquéllos se han ido reubicando en los espacios políticos

en los que «siempre» deberían haber estado.

Esta explicación encierra en sí misma el sustrato ideológico permanente en el PCE, que resume su incapacidad para renovarse: ahí está la sacralización del partido como ente diferenciado de sus propios militantes; la idea de que hay «comunistas con marca indeleble», como en las iglesias sus ministros, y hay otros, todos los que en un momento dado discrepan con la dirección que encarna al «partido», sin ese atributo a pesar de poseer el carnet. Pero lo que es más importante, en el fondo de una teorización como la mencionada se está expresando la incapacidad del PCE para liderar —e incluso su renuncia a ello— la voluntad de cambio existente en la sociedad española. Es esta la filosofía del ghetto aunque se mencione de vez en cuando a Gramsci.

Con toda seguridad, para muchos sectores de la derecha española lo sucedido con el PCE encuentra una explicación diametralmente opuesta a la que aquí se quiere defender: el Partido Comunista habría sido víctima, desde este punto de vista conservador, de la moderación y distanciamiento de Moscú impuestos por su secretario general. Es ésta una afirmación escuchada a menudo y que encierra un cálculo interesado que por sus consecuencias conviene comentar. Además, la opinión de los sectores más ortodoxos del propio PCE, como del mismo Carrillo cuando se presenta como víctima de turbios manejos, coinciden en unos u otros puntos con esa visión conservadora.

Si el PCE hubiera perdido electorado por su moderación, y por la ambigüedad de sus relaciones con Moscú, sería lo mismo que afirmar la existencia de un nutri-

**Se ha demostrado
la imposibilidad
de transformar
el Partido
Comunista.**

do segmento electoral —que ha votado al PSOE (?)— que puede expresar su «radicalismo» bien a través del PSOE, si éste impulsa decididamente el cambio de la so-

ciudad española, o bien como crítica a la moderación del Partido Comunista: en ambas situaciones la derecha, y no sólo ella, pretende hipotecar la actuación del

**El PCE
está incapacitado
para liderar la voluntad
de cambio de la sociedad
española.**

gobierno socialista; con la primera posibilidad, está construyendo las bases de la denuncia del criptocomunismo en toda medida que afecte a sus intereses, y en la segunda, atizando la desunión del compacto volumen de la ciudadanía que se ha inclinado por la opción socialista.

De hecho el electorado de izquierda al votar PSOE y dejar reducido el porcentaje comunista a una mínima expresión, ha demostrado que en España no existe ninguna posibilidad de un partido con implantación significativa cuyas raíces conecten con el llamado «socialismo real». Pero, también, el escaso voto comunista ha puesto de relieve que el cuerpo electoral no cree que el PCE pudiera desempeñar la labor de salvaguardar la «pureza» de la actuación socialista, conforme el propio PCE se ha presentado para reclamar el voto. Como ya se ha afirmado, el PCE ha perdido las elecciones de manera abrumadora porque, sencillamente, no es un partido necesario, o no lo es para el cambio que el electorado de izquierda persigue.

Importa mucho subrayar este punto porque en los próximos meses y años vamos a asistir al intento de resucitar la merma presencia comunista sobre la base de la crítica permanente, desde ciertas posiciones de izquierda, a las actuaciones del PSOE de más difícil defensa ante la opinión pública, como consecuencia del extraordinario reto que supone gobernar en España con un sentido de cambio y transformación en una realidad cargada de hipotecas.

Por supuesto que ningún electorado, ni ninguna persona con cierta conciencia política, puede otorgar un cheque en blanco al partido político al que ha ofrecido su

confianza en unas elecciones; pero el PCE no tiene credibilidad para erigirse en tutor de un cambio en el que no cree, a tenor de sus posiciones mantenidas en los últimos

años, e incluso las más recientes según las cuales la «izquierda —el PSOE— ha llegado muy pronto al gobierno».

Efectivamente, en los últimos años el PCE se ha venido pronunciando, expresa o tácitamente, en el sentido de que un cambio protagonizado por la izquierda no era posible, y mucho menos protagonizado por un partido al que, coincidiendo con la derecha más conservadora, se le calificaba de inmaduro; toda su política, a través de las sucesivas versiones de los gobiernos de coalición, partían de ese supuesto, al igual que su comportamiento en el período en que actuó como instrumento de presión contra el propio PSOE. En unas condiciones así, ¿puede el PCE ofrecerse como vigilante de la coherencia del cambio refrendado en las elecciones?

Por otra parte, a los dirigentes actuales del PCE no se les escapa el hecho indudable de que un éxito en la gestión gubernamental socialista, en estos próximos cuatro años, cerraría más aún las posibilidades de recuperación comunistas. De ahí la insistencia derrotista de Santiago Carrillo en las dificultades futuras: más que un temor, que tanto contrasta con el optimismo expresado, a la vez que surgido, de las urnas, trasluce el deseo de confirmar unas tesis, desgraciadamente las únicas que parecen mantener la voluntad de supervivencia política de una generación cuyo fracaso es bien evidente.

La ambigüedad del mensaje del PCE y de su papel en estos años ha acabado destruyendo toda posibilidad de que desempeñara un papel relevante en la vida española. El Partido Comunista había elaborado una política durante la dictadura que los acontecimientos posteriores demostraron falsa, pero se negó a revisarla; había

aglutinado en su entorno multitud de energías que hubieran podido transformarlo —dentro de los límites de una situación extraordinariamente complicada—, pero prevalecieron en su seno las tendencias más tradicionales y conservadoras; había roto a medias con Moscú y con el lúgubre «socialismo real», pero nunca se desligó totalmente de esa realidad sofocante: son éstas las claves de un resultado tan adverso al PCE en las elecciones recientes.

En estas circunstancias, los llamados «méritos» de la actuación del PCE en los años posteriores a la desaparición de Franco sólo son comprensibles si se adopta un punto de vista de la derecha conservadora o liberal, desconocedora en todo caso de la realidad viva del PCE en el umbral de la desaparición de la dictadura. Estos «méritos», que en repetidas ocasiones se encarnan en el Secretario General del Partido, son incomprensibles para un electorado cuya sensibilidad está muy lejos de ser representada por los guiños y lenguajes de un cierto «establishment», más propios de una época tortuosa a la que ese electorado ha dado la espalda en las últimas elecciones.

Efectivamente, cuando se subrayan hechos como el abandono de los colores republicanos, o el reconocimiento de la monarquía parlamentaria, dentro del bagaje positivo de los que ahora son derrotados en las urnas, se olvida que el Partido Comunista de 1975 no era un grupúsculo doctrinario dispuesto a desafiar la lógica del sentido común; se parte del supuesto de que ese tipo de posturas no hubieran prevalecido sin el concurso de los que han monopolizado hasta el extremo la dirección del PCE: que esta visión interesada no responde a la realidad se demuestra al

comprobar que el grueso de los que se han marchado del PCE, y el grueso de los que han cambiado de voto, lo han hecho para apoyar la opción encarnada por el PSOE.

En este mismo sentido, mención aparte merece la decisión adoptada por el IX Congreso de «abandonar el leninismo». He aquí la expresión más acabada de la ambigüedad de una política que ha conducido decididamente al desastre del PCE. En ese Congreso, celebrado en 1978, se hubiera podido remozar toda la estructura interna del Partido y revisar a fondo, como entonces muchos pidieron, toda una política que la realidad posterior a 1975 había demostrado equivocada; en vez de eso, se plantea una discusión —olvidada posteriormente— cuyo efecto práctico, como fue denunciado en el mismo momento, es desviar la atención del primer congreso en la legalidad, que concluye con la decisión mayoritaria de suprimir el término «leninista» porque «al hacerlo se es más leninista», o porque «Lenin mismo lo hubiera hecho así de haber vivido» (del discurso de Sánchez Montero para defender la tesis propuesta). Difícilmente podrá nadie reconocer un elemento positivo en esta discusión que dejó intacta la cuestión de la renovación del PCE y sólo supuso un cambio puramente verbal en unos textos que desde la perspectiva de sólo cuatro años padecen de la más total obsolescencia.

En todo caso, el electorado no ha abandonado al Partido Comunista por la adopción de esas posturas, sino por falta de coherencia de las mismas. Quizá mejor que ningún observador político el cuerpo electoral de izquierdas, en muy pocos años, ha comprendido que hoy un Partido Comunista, en una sociedad industrializada circunscrita al ámbito de la Europa Occidental, no puede reconstruirse hasta alcanzar una importante presencia en la vida política: los partidos comunistas de mayor influencia en la Europa a la que pertenecemos no hacen, en este sentido,

sino conservar la que adquirieron tras la Segunda Guerra Mundial, o perderla poco a poco como en el caso francés. Y tal hecho no responde a un fatalismo históri-

**El PCE
no ha sido víctima
de su moderación,
sino de su
incoherencia.**

co, sino a la percepción que nuestras sociedades tienen del ejemplo desolador de la Europa del Este. No basta, por ello, en una perspectiva de transformación como

Un éxito en la gestión del PSOE cerraría las posibilidades de recuperación comunista.

la que pudo ser abordada por el PCE, una posición intermedia en la que se sigue manteniendo como herencia, aunque sea crítica, la realidad de las dictaduras burocráticas del Este. Y claro está que en este asunto el nombre común de comunistas, con aquellas dictaduras, no es precisamente el menor problema que ha trabado las posibilidades de renovación de los partidos comunistas, incluido el de España.

Con todo, es en la gestión cotidiana de su política doméstica en donde el PCE ha fracasado más estrepitosamente en estos años recientes, si bien ese fracaso remite a problemas organizativos, ideológicos e

históricos cuyas raíces están todas ellas interconectadas. Las modestas cifras de votos alcanzadas en 1977 y 1979 iban directamente dirigidas a apoyar lo que el PCE

era y representaba en los últimos años de la dictadura en el interior de España: la destrucción de esa imagen y de la presencia de las jóvenes generaciones comunistas en las manifestaciones que articulan la vida social y política del país, ha reducido el voto del PCE al círculo estrechísimo de la tradición comunista que arranca de los años 30, y que quedó congelada tras la derrota de 1939. De ahí que el futuro del PCE, por encima de la voluntad de algunos de sus dirigentes, no parezca muy alejado de la vuelta a la «ortodoxia»: ese partido cerrado y minúsculo perseguirá tenazmente sus propias señas de identidad, pero no será útil a la izquierda española.